



# RYSZARD KAPUSCINSKI:

## UN BUEN PERIODISTA

DANIEL DUQUE

**E**n la primavera del año 2007, el Ateneo de La Laguna me invitó a participar en un ciclo de conferencias dedicado al periodista y escritor polaco Ryszard Kapuscinski, que había fallecido en enero de ese año. Un año después, en junio de 2008, mientras redactaba este artículo, me tropiezo con la siguiente noticia:

“El Congreso de EEUU aprobó una medida para sacar al ex presidente sudafricano Nelson Mandela de su lista de presuntos terroristas. La medida fue enviada a la Casa Blanca para su promulgación, informaron los senadores John Kerry, Bob Corker y Sheldon Whitehouse, promotores de la iniciativa. “En reconocimiento de su 90 cumpleaños este verano, honramos de nuevo a Nelson Mandela como una de las voces más firmes en el mundo por el valor y la dignidad humana frente a la opresión”, dijo Kerry. La aprobación de la medida ayudará a “borrar por fin la enorme vergüenza de haber deshonrado a este gran líder al haberlo incluido en la lista de terroristas de nuestro Gobierno”, agregó Kerry, secundado por Corker. Sus promotores también esperan que la medida ayude a mejorar las relaciones entre Estados Unidos y Sudáfrica, donde Mandela encabezó una fuerte lucha contra el régimen segregacionista del *apartheid*”.

Inmediatamente busco entre mis notas y subrayados y encuentro que Kapuscinski, en el año 2000<sup>1</sup>, había escrito lo siguiente sobre Mandela:

*Sudáfrica es un milagro. El conflicto social y racial fue profundísimo, y es una de las heridas más grandes de África. Un país inmenso con una amalgama étnica inextricable: blancos, negros, mestizos, asiáticos. Una complejidad social enorme. Estuve allí en los meses inmediatamente posteriores al final del régimen del apartheid: los terratenientes blancos estaban armados, tenían ametralladoras es-*

*condidas en sus casas. Esperaban el estallido de la guerra civil. Querían defender sus intereses feudales. Sus latifundios eran verdaderamente reinos medievales y esa gente temía de verdad perder su poder y sus riquezas. Incluso parecía inevitable el choque entre los zulúes y los kso-sas, las dos etnias negras mayoritarias del país. Mandela hizo el milagro. No estalló ninguna guerra civil y el poder político pasó a manos de los negros. Es un caso casi único en la historia: una sola persona, extraordinaria, Nelson Mandela, consigue llevar a cabo una empresa que está más allá de la imaginación.*

Y una página más adelante remacha: “Mandela, con su excepcional historia, es uno de los padres de África”.

Así es la historia, que no la vida. La historia, sí, la que escriben los ganadores de las guerras y los poderosos explotadores de países y de continentes y se enseña en las escuelas. Su historia. Precisamente por eso es tan importante conocer la obra de Kapuscinski, porque cuenta otra completamente distinta, la que él vio y vivió, la que documentó tan concienzuda y prolijamente, la que escribió con la pluma imprescindible de la independencia.

Es fama que su forma de conocer la realidad era singular: “Siempre he evitado las rutas oficiales, los palacios, las figuras importantes, la gran política. Todo lo contrario: preferí subirme a camiones encontrados por casualidad, recorrer el desierto con los nómadas y ser huésped de los campesinos”. Por eso siempre sus escritos destilan ese incomparable aroma de realidad, de “verdad”, tan diferentes de los reportajes televisivos confeccionados por periodistas llegados al país media hora antes de emitirlos y cuyo mérito más relevante —y acaso único— no es otro que estar filmado y firmado en el lugar donde se produjo el tornado o donde estalló la guerra.



Sin embargo, el continente africano al que tantos afanes y tiempo dedicó Kapuscinski sigue siendo un territorio desconocido para el primer mundo, y desde la ignorancia es imposible ayudar, por muy bien intencionado que se esté. Por ejemplo, analicemos esta otra noticia: “Promueven un proyecto en el Atlas marroquí para salvar el quebrantahuesos. El equipo enviado está compuesto por sanitarios, cooperantes y geógrafos. Como el hábitat del ave son los sabinars, cuya madera usan los habitantes de la zona para hacer fuego y cocinar, regalarán entre 30 y 60 hornos solares que permitan a estas personas hacerse la comida sin tocar los árboles”. Hasta ahí la noticia. Ahora viene la conclusión: la moderna tecnología solar va a llegar a una perdida aldea marroquí no para ayudar a las personas, sino para salvar un ave.

El espíritu y la letra de Kapuscinski sobre África puede que se haya leído, pero no se ha asumido y, mucho menos, se está aplicando. De manera que mi principal propósito a la hora de redactar estos folios es atraer a posibles lectores a la obra de este escritor al que considero uno de los intelectuales más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Y si considero indispensable su lectura no es para que simplemente su lector lo incluya entre sus preferidos, sino —como exigía Rubén Darío a don Latino en *Luces de Bohemia*— para que “no te apartes de los buenos ejemplos”.

En cualquiera de sus libros —que no son otra cosa que grandes reporta-

jes— siempre encontraremos —además de otros muchos rasgos que por motivos de espacio no nos es posible tratar aquí— estos tres aspectos fundamentales:

1º) La intención última de los reportajes de Kapuscinski consiste siempre en la búsqueda de la verdad para entregarla al público. Este primer aspecto que señalo —que tiene todo el engañoso aspecto de una descomunal perogrullada— es crucial porque, como denuncia nuestro autor: “Desde el desarrollo de los medios de comunicación en la segunda mitad del siglo XX, estamos viviendo dos historias distintas: la de verdad y la creada por los medios. La paradoja, el drama y el peligro están en el hecho de que conocemos cada vez más la historia creada por los medios de comunicación y no la de verdad. Por ello, nuestro conocimiento de la historia no se refiere a la historia real, sino a la creada por los medios”<sup>2</sup>.

Hago notar, además, que nuestro autor siempre consideró que el periodista es un historiador que debe “investigar, explorar, describir la historia en su desarrollo”. Porque “el buen y el mal periodismo se diferencian fácilmente: en el buen periodismo, además de la descripción de un acontecimiento, tenéis también la explicación de por qué ha sucedido; en el mal periodismo, en cambio, encontramos sólo la descripción, sin ninguna conexión o referencia al contexto histórico”.

Es en esa búsqueda de los porqués donde Kapuscinski hace las más impor-

tantes e inquietantes revelaciones. Por ejemplo, antes de hablar del hambre en África, hay que poner sobre la mesa algunos planteamientos previos:

*En mi opinión, la desaparición del mundo campesino del globo es una de las más grandes paradojas del mundo contemporáneo, porque producimos una cantidad de comida cada vez menor en proporción a una población en continuo crecimiento. La liquidación del mundo campesino, que es un fenómeno social y económico a escala mundial, consiste en un acto suicida global.*

En segundo lugar, coloca otra carga de profundidad a la situación actual:

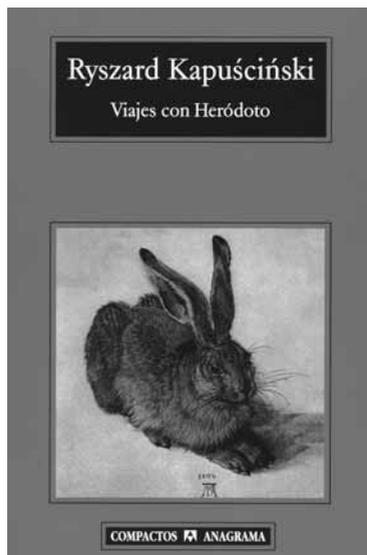
*En la práctica, una gran parte de la humanidad vive de las ayudas; y con estas ayudas que estamos enviando a Ruanda y a otros países estamos creando una situación trágica: una clase parásita de refugiados a escala mundial, que son alejados de sus pueblos, de sus campos, de su ganado, internados en campos de refugiados y alimentados por organizaciones mundiales —algunas de las cuales están completamente corruptas— a las que va a parar nuestro dinero, nuestros impuestos. Estamos creando una clase de millones y millones de personas, los llamados refugiados, que consiguen sobrevivir sólo si las ayudas siguen llegando, porque son incapaces de*

*volver a casa y de producir, dado que han dejado ya de aprender el arte de la producción.*

Naturalmente, en estas páginas sólo queda insinuado el asunto, pero ya nos ha entregado dos pistas que él ha rastreado con tesón. Después, ya se puede entrar en materia de manera concreta:

*Estuve en los campos de refugiados en la frontera entre Etiopía y Somalia precisamente el año pasado, donde viven trescientas mil o quinientas mil personas. Cada una de ellas recibe tres litros de agua para todo, para cocinar, beber y lavarse, y medio kilo de maíz. Y viven con esto. El agua es transportada por ochenta y dos cisternas Mercedes y, si las carreteras están cortadas o no hay gasolina, el agua no llega al campo y la gente muere al día siguiente. Estamos creando, mediante este alocado mecanismo de las denominadas organizaciones humanitarias, un problema inmenso para la humanidad, liquidando la clase campesina y haciendo a la humanidad cada vez más dependiente de la burocracia de las denominadas organizaciones humanitarias.<sup>3</sup>*

Así elaboraba sus reportajes Kapuscinski. Con rigor de historiador que busca causas “reales”, no inventadas, pero también trabajando sobre el terreno, años y años, toda una vida, en



la India, en toda la extensión de África, en la inmensa URSS, en Irán, en Chile. Con todos sus problemas:

*“Yo era un esclavo, un esclavo de mi trabajo obsesivo. Era corresponsal de una agencia de prensa y tenía que cubrir todo el continente. Y, en aquellos años lejanos, comunicar desde África con el resto del mundo no era una tarea nada fácil. Había pocos teléfonos, nada de televisión, poquísimos periódicos, las comunicaciones eran imposibles. Internet era ciencia ficción. Yo vivía en África y, para mí, conseguir noticias era difícilísimo”. Después de tantos esfuerzos, su credibilidad está garantizada, sin duda. Ahora cabría esperar que se le hiciera un poco de caso y se tomaran en cuenta sus escritos, porque “el verdadero periodismo es intencional, a saber: aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar algún tipo de cambio”.*<sup>4</sup>

2º) Ahora señalaré su independencia como un componente especialmente importante de su modo de trabajar. Teóricamente lo explicó con realismo, valentía y claridad:

*Lo ideal es ser lo más independiente posible, pero la vida está muy lejos de ser ideal. El periodista se ve sometido a muchas y distintas presiones para que escriba lo que su jefe quiere que escriba. Nuestra profesión es una lucha constante entre nuestro propio sueño, nuestra voluntad de ser completamente independientes y las situaciones reales en que nos encontramos, que nos obligan a ser, en cambio, dependientes de los intereses, puntos de vista, expectativas de nuestros editores.*<sup>5</sup>

En este punto haré especial hincapié en uno de sus planteamientos más geniales y a la vez controvertidos:

*Creo que para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre o una buena mujer; buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Y convertirse, inmediatamente, desde el primer momento en parte de su destino.<sup>6</sup>*

En esa misma línea de argumentación llega aún más lejos cuando afirma que “nuestra profesión no puede ser ejercida correctamente por nadie que sea un cínico. Es necesario diferenciar: una cosa es ser escépticos, realistas, prudentes. Esto es absolutamente necesario, de otro modo, no se podría hacer periodismo. Algo muy distinto es ser cínicos, una actitud incompatible con la profesión de periodista”.<sup>7</sup>

3º) El siguiente aspecto que resalto en su obra es la originalidad con la que presenta sus reportajes. He señalado ya su veracidad, su ansia de conocimiento del entorno y de la gente como elementos indispensables para escribir un reportaje. Pero el reportaje es, también, escritura, literatura, arte. Cualquiera de sus libros podría citarse como ejemplo. En *Viajes con Heródoto*<sup>8</sup>, es verdaderamente interesante la manera en que los textos del historiador griego —que vivió dos mil quinientos años atrás— van trabándose con las historias que cuenta Kapuscinski, de manera que confluyen ambos en el dilema del periodismo:

*Heródoto se ve envuelto en un dilema irresoluble: por un lado dedica su vida a intentar preservar la verdad histórica, lleva a cabo sus investigaciones para impedir que el tiempo borre la memoria de la historia de la humanidad, y por el otro, su principal fuente de noticias no es otra que unos interlocutores que le cuentan los hechos no tal como sucedieron, sino como les hubiera gustado que sucedieran, dando, por consiguiente, rienda suelta a sus recuerdos selectivos y a su particular, arbitraria e intencionada manera de evocarlos. En una palabra, no se trata*

*de una historia objetiva, sino de una historia pasada por la criba objetiva de otros. Y no hay solución para ese desencuentro. [...] Por eso, volviendo al estado ideal, nunca estamos frente a la historia real, sino siempre ante una contada, tal como alguien sostiene —y cree— que ha sido. Esta verdad es tal vez el mayor descubrimiento de Heródoto.<sup>9</sup>*

Ese libro, mezcla genial de biografía, libro de viajes, memorias y reportaje es un texto imprescindible para conocer nuestro mundo.

Pero voy a citar otro ejemplo de esa originalidad con la que abordaba sus obras Kapuscinski. Me refiero a *El Sha o la desmesura del poder*<sup>10</sup>. Justo al principio Kapuscinski nos va a proponer unas fotografías como un material histórico del personaje central del reportaje. En ninguna de las dos primeras aparece el sha. Sin embargo, los dos retratos constituyen un pórtico inteligentísimo por el que se hace desfilas al lector para entrar en ese mundo tan lejano, desconocido y oculto, Persia, tan falseado por la prensa española de la época, y para entrar también en la vida de un personaje que durante tantísimo tiempo ocupó, él y su esposa, lugar relevante en la prensa —oficial, rosa y política— de este país.

Veamos esas descripciones

#### *Fotografía 1*

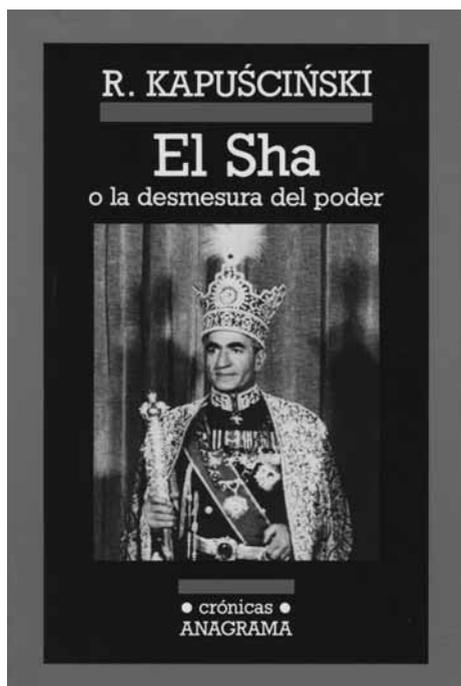
*Es la fotografía más antigua que he conseguido encontrar. Se ve en ella a un soldado que sostiene con la mano derecha una cadena; a la cadena está atado un hombre. Tanto el soldado como el hombre de la cadena fijan la mirada solemnemente en el objetivo de la cámara; queda patente que el momento es importante para ambos. El soldado es un hombre mayor de baja estatura y corresponde al tipo de campesino sencillo y obediente. El uniforme de mal corte que viste y que le viene ancho, los pantalones, arrugados como un acordeón, y un gorro enorme y torcido que se apoya en sus separadas orejas le dan un aspecto casi gracioso: recuerda al soldado Schweik. El hombre de la cadena (cara delgada, pálida, ojos hundidos) tiene la cabeza envuelta en vendajes: al parecer está herido. La inscripción a pie de fotografía reza que el soldado es el abuelo del sha Mohammed Reza Pahlevi (último monarca de Irán) y que el herido no es otro que el asesino del sha Naser-ed-Din. Así que la fotografía debe de haberse sacado en el año 1896, en el que, tras cuarenta y nueve años de ejercer el poder, Naser-ed-Din fue asesinado por el criminal que ahora vemos en la foto. [...]*

#### *Fotografía 2*

*En esta fotografía vemos a un joven oficial de la Brigada de los Cosacos de Persia, quien, de pie junto a una pesada ametralladora, explica a unos compañeros los prin-*

*cipios del funcionamiento de esta arma mortífera. Como la ametralladora de la foto no es otra que un modelo modernizado del Maxim de 1910, la fotografía debe de datar de esa época. El joven oficial (nacido en 1878) se llama Reza Khan y es hijo del soldado guardián a quien encontráramos una veintena escasa de años atrás, cuando conducía por el desierto al asesino del sha atado a una cadena. [...] En febrero de 1921, Reza Khan entra en Teherán al mando de su brigada y arresta a los políticos de la capital (esto ocurre durante el invierno; nieva; los políticos se quejan del frío y de la humedad de sus celdas). Acto seguido forma un nuevo gobierno en el que al principio se adjudica la cartera de Guerra para acabar siendo primer ministro. En diciembre de 1925 la obediente Asamblea Nacional (que teme al coronel y los ingleses que lo apoyan) proclama sha de Persia al comandante cosaco.<sup>11</sup>*

De un plumazo, en el inicio del libro, el sha aparece ya no como el monarca heredero de privilegios y derechos reales, el Rey de Reyes, Sombra del Todopoderoso, Nuncio de Dios y Centro del Universo, sino como el nieto de un soldado raso, como el hijo de un oficial golpista al que los ingleses coronaron rey para manejar ellos desde Londres la política del país sin reparar, ni tan siquiera, en el detalle de que era analfabeto. La funcionalidad del recurso lite-



rario es enorme. Las fotografías siguen y se le añaden notas, cassettes, periódicos, elementos con los que Kapuscinski compone un impresionante reportaje del antes y el después de la revolución islámica en Irán. Como siempre, el detalle, lo pequeño, la conversación con el hombre de la calle, porque “dentro de una gota hay un universo entero. Lo particular nos dice más que lo general”. Y a la vez el salto genial, la remontada por encima de lo concreto. Hablando de las manifestaciones que se producían en Teherán en los momentos finales del reinado del sha, Kapuscinski registra un dato de una importancia capital para la historia del país: la gente ha dejado de tener miedo y eso “es el principio de una revolución”. En la página siguiente, le dedica unos inolvidables renglones:

*El miedo: un depredador cruel y voraz que vive dentro de nosotros. Nunca permite que lo olvidemos. Nunca permite que lo olvidemos. Continuamente nos paraliza y nos tortura. No cesa de exigir alimento, siempre debemos saciar su hambre. Nosotros mismos nos cuidamos de que coma sólo de lo mejor. Sus platos favoritos se componen de chismes siniestros, de malas noticias, de pensamientos aterradores y de imágenes de pesadilla. De entre un millón de chismes, noticias y pensamientos siempre elegimos los peores, es decir, aquellos que más le gustan. Los más adecuados para saciarlo, para satisfacer al monstruo. Vemos aquí a un hombre que, con la cara pálida y gestos de inquietud, escucha lo que le cuenta otro. ¿Qué pasa? Que está alimentando su miedo. ¿Y si no tenemos alimento alguno? Febrilmente lo inventamos. ¿Y si no podemos inventarlo (cosa que ocurre en contadas ocasiones)? Corremos a buscarlo entre otros; preguntamos a la gente, escuchamos y coleccionamos noticias hasta que, por fin, conseguimos saciar nuestro miedo.<sup>12</sup>*

Otro recurso de gran funcionalidad que usa Kapuscinski consiste en mostrar el entorno, como en los documentales televisivos de los fondos oceánicos. En ese aspecto, el caso más espectacular es el del libro *El Imperio*<sup>13</sup>, en el que las primeras 100 páginas que componen el primer capítulo lo conforman tres apar-

tados: Pinsk, el Transiberiano y el Sur. En esas páginas, ni una palabra de Rusia ni Moscú, ni de los dirigentes políticos, que sería lo esperable. Sin embargo, Kapuscinski nos embarca en un viaje por Georgia (donde nos encontramos con un pintor naïf que pintaba gente comiendo), por Armenia (donde se habla de Benik Petrusián, escultor de cruces de piedra, de un pintor, de la historia de Armenia —hace 4.000 años, según una inscripción lítica, “en su territorio había sesenta imperios y cientos de ciudades”—, un país que comparte “el drama del antiguo Egipto, de los sumerios y de Bizancio, drama típico para esta parte del mundo y que consiste en la falta de continuidad histórica, en esa constante aparición de capítulos en blanco en los libros de historia del Estado propio”, y sobre todo, de libros y del exterminio del pueblo armenio a lo largo de los siglos); por Azerbaiyán (aparecen Baku y el petróleo; y una mujer, Gulnara, que en el bulevard de Los petroleros aplica a los pacientes que vienen ya recetados por el doctor Gasánov su famoso método de curación consistente en aspirar aromas de flores. Así es que ella lee tratamientos como: “Hojas de laurel. Diez minutos al día. Tres semanas”. Pero también habla aquí de la Ciudad-Interior de Baku, de Marco Polo, de la tierra que arde, de los hermanos Nobel, y de cómo ya han destruido esa ciudad, o casi. En este capítulo Kapuscinski elabora la teoría de la profundización —ir a la historia propia para sentir orgullo nacional y evitar el paso siguiente, la ex-

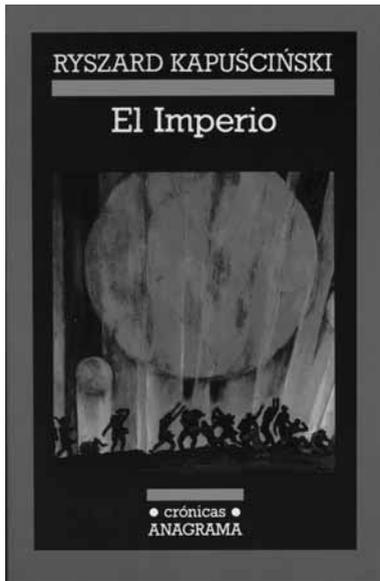
pansión, o sea la guerra—), por Turkmania (un bellissimo capítulo en el que se cuenta la muerte de un río y la guerra del agua); por Tayikistán (el relato se centra ahora en el velo de las mujeres y la terrible historia de las rebeldes muertas por quitárselo); por Kirguizia (donde parece un “Destacado Pastor de la República Socialista Soviética de Kirguizia”, nombrado así porque sobresalía en su trabajo), y por Uzbekistán (donde se habla de Samarcanda y Timur, también llamado Tamerlán).

No hay espacio para más, pero las técnicas y los recursos de Kapuscinski son muchos y muy variados. Elementos que van desde los típicos de la literatura negra o de terror a la literatura de denuncia más descarnada y realista, desde técnicas cinematográficas de primer plano y *play back* a recursos propios de la gran literatura, como por ejemplo las muchas voces que hablan de un solo asunto, tipo Antonio Lobo Antunes en *Manual de inquisidores*. O la coincidencia de un objeto, una sogá, para ligar dos historias de personajes que nada tienen que ver entre sí: un pobre ruso al que encargaron bajar al piso inferior un busto de Leninn o de Stalin y le pasó una sogá por el cuello —y claro, no tuvo tiempo de explicarse y ya estaba en Siberia—, y el iraní experto en derribar estatuas que en cada algarada tiraba ayudado de una cuerda una estatua del sha al suelo. O el recurso, muy del gusto de Kapuscinski, de la ironía, como en *El Imperio*, cuando después de hacer unas muy interesantes reflexiones sobre las fronteras (“¡Cuántas víctimas, cuánta sangre y cuánto dolor ha causado la cuestión de las fronteras!”) y sobre la enormidad de la URSS (“La superficie del Imperio supera los veintidós millones de kilómetros cuadrados y sus fronteras terrestres se extienden a lo largo de cuarenta y dos mil kilómetros, más que el ecuador”), dice:

*Teniendo en cuenta que, allí donde fuera técnicamente posible, las fronteras en cuestión siempre fueron (y siguen siendo) protegidas por espesas vallas de alambre de espino (vi esos enjambres en las fronteras con Polonia, China e Irán) y que dicho alambre, debido a lo fatal del clima, se estropea muy deprisa, y que hay que cambiarlo a menudo en cientos, mejor dicho, miles de kilómetros, podemos dar por sentado que gran parte de la metalurgia soviética no es sino la industria dedicada a la fabricación de alambre de espino.*<sup>14</sup>

No hay espacio sino para dos últimos recordatorios.

Primero. La periodista Anna Politkóvskaya fue asesinada en octubre del año 2006 por escribir sobre Chechenia y sobre la corrupción “organizada” por una fuerza combinada de delincuentes y funcionarios de organismos de seguridad. El periodismo decente sigue siendo un arma insustituible para luchar contra la corrupción y la injusticia allá donde se produzcan. Buena prueba de ello es que se calcula que cada año mueren asesinados en el Mundo cien periodistas.



Finalmente, no quiero terminar estos folios sin citar a la traductora de Kapuscinski al español, Agata Orzeszek, quien algo tendrá que ver con el éxito en nuestro país de los libros del genial periodista polaco.

RYSZARD KAPUSCINSKI nació el 4 de marzo de 1932 en Pinsk (Bielorusia) y era licenciado en Historia. Con 17 años se inició en el periodismo en la revista *Hoy y mañana*, pero se forjó como profesional en la agencia de noticias polaca PAP, para la que trabajó de reportero durante 30 años (1958-1981). Durante ese tiempo fue testigo de multitud de acontecimientos mundiales, como la descolonización de gran parte de África y los numerosos cambios políticos de países del Tercer Mundo. Desde Angola hasta el antiguo Zaire (hoy República Democrática del Congo), cubrió la independencia en el Tercer Mundo. También asistió a la caída del régimen democrático chileno de Salvador Allende en 1973 y a la revolución islámica de Irán en 1979 que destronó al sha Mohammed Reza Pahlevi.

Las notas de prensa que difundieron su muerte afirmaron que “en su dilatada carrera presencié 27 revoluciones, vivió 12 frentes de guerra y fue condenado cuatro veces a ser fusilado. Harto de la censura polaca, a partir de la década de los 80 empezó a colaborar con periódicos y revistas internacionales, como *The New York Times* o *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, a la vez que se introducía de lleno en el campo literario a través del gran reportaje”.

Entre sus libros publicados destacamos los siguientes: *El emperador* (1978, en castellano en 1989), sobre el destronamiento de Haile

Selassie en Etiopía en 1974. *El Sha o la desmesura del poder* (1987), estremecedora y a la vez maravillosa crónica del régimen despótico del monarca iraní Reza Pahlevi tan admirado en España. *La guerra del fútbol y otros reportajes* (1992). *Imperio* (1993), sobre las repúblicas que compusieron la URSS. Y sobre Rusia. *Ébano* (1998), impresionante mural del continente negro. *Los cínicos no sirven para este oficio* (2000), recopilación de entrevistas y conferencias. *Desde África* (2001). En español, todos sus libros han sido publicados por la Editorial Anagrama de Barcelona.

Fue elegido en 1999 mejor periodista polaco del siglo XX y distinguido con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2003. Fue galardonado con el Premio *Bruno Kreisky para libros políticos* de Austria y doctorado *honoris causa* en 2005 por la Universidad catalana Ramón Llull. Dedicó los últimos años de su vida a viajar, impartir conferencias y reflexionar sobre el proceso de la globalización y sus consecuencias para la civilización humana. “El enviado de Dios”, como le apodó John le Carré, falleció en Varsovia el 23 de enero de 2007, a los 75 años.

## NOTAS

<sup>1</sup> *Los cínicos no sirven para este oficio*, basado en entrevistas y conversaciones moderadas por Maria Nadotti. Editorial Anagrama. Barcelona, 2003. Pgs. 89 – 90. El libro había sido publicado por vez primera en Roma en el año 2000.

<sup>2</sup> Id. Página 112.

<sup>3</sup> Id. Páginas 109 – 111.

<sup>4</sup> Id. página 38.

<sup>5</sup> Id. Página 56.

<sup>6</sup> Id. Página 38.

<sup>7</sup> Id. Página 53.

<sup>8</sup> Editorial Anagrama. Barcelona, 2006. Publicado en la edición original en 2004.

<sup>9</sup> Compactos Anagrama. Barcelona, 2008. Página 307.

<sup>10</sup> Editorial Anagrama. 1ª edición, 1987.

<sup>11</sup> Id. Página 23 y siguientes.

<sup>12</sup> Id. Página 141.

<sup>13</sup> Editorial Anagrama, 1994. Publicado en 1993 en la edición original.

<sup>14</sup> Id. Páginas 96 – 97.